

ATRAPADOS

Con cuidado recogía los peces atrapados en redes para que la mar no me atrapara a mí. Mientras mi preciada nieta bajaba por las escaleras del faro, nuestro solitario hogar atrapado por los sinfines del mundo, me saludaba con sus frágiles manos. Entendí que iba a pintar por su apariencia: el delantal bordado por su madre, las finas trenzas con lazos llamativos y sus materiales artísticos. Me lo corroboró informándome de que iba a acercarse a la orilla y le advertí sobre el tema por el que siempre discutimos. Asintió con la cabeza sin hacerme mucho caso, aunque ella recordaba perfectamente que su infancia sin madre era por culpa de aquellos monstruosos seres.

En el proceso de pasar a limpio la investigación sobre esa especie submarina, oí un grito abrumador. Solo me vino a la mente una persona: mi nieta. Instantáneamente cogí la escopeta y descendí las escaleras lo más rápido que pude aun sabiendo lo ocurrido. Me temí lo peor y me negaba a tener razón, pero, por una vez, en el momento menos indicado, la tuve. Chillaba y luchaba por soltarse de las espeluznantes cosas que la agarraban.

Les supliqué con todo mi ser que la liberaran y, a cambio, me aprisionaran a mí. Sin embargo, mi nieta me rogaba con los ojos llorosos que no me despidiera tan fácilmente de mi libertad. Miranda, nieta mía, te envío esto en una botella desde la mar y te obligo a lo siguiente: no te quedes atrapada. Todos tus antepasados han desaprovechado su vida atrapados. Sé tú la que lo cambie.

Nadia García Valencia, 9B